

Vitrina de los libros



Comentarios Bibliográficos

DE GUSTAVO GALLON GIRALDO:

EL ANTICONSTITUCIONAL

"El mejor orden no es el mayor orden, sino el menor orden". En estas palabras condensa Hernando Valencia, al finalizar "El Anticonstitucional", su pensamiento acerca de la necesidad de desmitificar el Estado, el poder, la norma. Para ello no propone, como es costumbre hacerlo, la construcción de un nuevo poder, sino la disolución continua del mismo por medio de confrontaciones y resistencias democráticas, amplias y cotidianas. Se abre así en forma seria un debate que estaba en mora de darse en Colombia, propiciado por este libro breve y bien escrito, es decir, doblemente bueno.

La postura de Valencia se apoya en el análisis de la naturaleza del poder tal como se encuentra contenida en el propio discurso constitucional colombiano. Para ello, el autor se aparta de la tradición más legítima de los tratadistas de derecho constitucional, que consagran sus esfuerzos a la interpretación instrumental de las normas de la Carta, consideradas de antemano como texto sagrado y evangelio de las libertades, y toma distancia asimismo de la corriente disidente, más decorosa, que ha hecho énfasis en mostrar vacíos, incoherencias o incluso peligros que para las garantías ciudadanas entrañan ciertas normas constitucionales. La obra sugiere una nueva perspectiva y la pone en práctica: el descubrimiento de la mé-

dula profundamente disciplinaria que atraviesa el espinazo pomposamente liberal de cualquier Constitución republicana, y en particular de la que padecemos.

Valido del instrumental teórico de Michel Foucault, su "maestro de la sospecha", Valencia encuentra esta médula encerrada entre seis vértebras estratégicamente esparcidas a lo largo del discurso constitucional. Se trata de seis parejas de cuya contradicción dialéctica, pero como tal inscrita normativamente, surge el eje protegido de la codificación: el despotismo ilustrado, producto de un poder constituyente vaciado en los moldes de la soberanía nacional; el clientelismo, garantizado por la democracia representativa y el bipartidismo; el autoritarismo, engendrado por el contacto de la separación de poderes con el presidencialismo; la igualdad de deberes, oculta entre el contrato social y las libertades públicas; la negociación de clase, presente tanto en el Estado nodriza o intervencionista como en el gendarme o liberal; y la oligarquía constitucional y constitutiva, inherente a la separación que la propia Carta delata entre la forma estatal y la materia social.

Por medio de un cuidadoso tratamiento de las normas que entrelaza, el autor comunica esta lectura entre líneas, producto de sus clases de Derecho Constitucional durante cinco años en la Universidad de los Andes. Pero, despojado de un falso optimismo, no considera que la médula así descubierta sea el producto de una aplicación indebida o distorsionada de la democracia burguesa. Se trata, por el contrario, del subsuelo propio del liberalismo: la disciplina. Obsesión disciplinaria, finamente expresada por el apóstol liberal Jeremías Bentham, inscrita en el corazón de las primeras constituciones colombianas y preservada a lo largo de las reiteradas reformas, como se enseña en los dos últimos capítulos de la obra.

A pesar de que el autor en ocasiones desvía su atención excesivamente hacia Rousseau, respecto de temas en los que el ginebrino no es quizás el principal enjuiciado, "El Anticonstitucional" es un texto valioso, tanto por la nueva perspectiva de lectura que sugiere, como por el debate que propone, así como también por las atinadas reflexiones sobre la organización política que ofrece en cada página. Por demás está señalar la actualidad de estas reflexiones en momentos en que sin duda se prepara, como retaliación por el feliz desplome de la enmienda de 1979, una nueva reforma constitucional, fenómeno ya previsto por Hernando Valencia en los si-

güentes términos: "La próxima reforma constitucional, cualquiera que ella sea, como quiera que ella se haga, cuando quiera que ella tenga lugar, será necesaria para que el poder minoritario que nos rige intente legitimarse otra vez, contra toda evidencia y contra toda esperanza".

DE ISAIAS PEÑA GUTIERREZ:

¿UN VIAJE SIN REGRESO?

El aire, el mar y la tierra son los principales horizontes del hombre. Y a un joven francés, Pierre D'Espagnat, se le ocurrió decir a fines del siglo pasado que "¡El mar y la montaña, he ahí los dos grandes civilizadores del género humano!", con toda razón. Lo dijo después de llegar por mar a Barranquilla y a las montañas del interior por el río grande de la Magdalena. Por eso subrayó el francés que el cordón umbilical entre el mar y la montaña era el río. Cordón que no existe, por ejemplo, entre la montaña o el mar y la atmósfera terrestre. Por eso los ríos grandes son la suma de esas dos grandes soledades que son el mar y la montaña, los dos grandes civilizadores del género humano.

Estas cosas las sabe de memoria —además porque nació a la orilla del gran río— una persona como Aníbal Noguera Mendoza, autor de los dos tomos editados en 1980 por el Banco Cafetero y el Fondo Cultural Cafetero en Bogotá, bajo el cuidado de Aída Martínez Carreño, con el nombre de *Crónica grande del río de la Magdalena*. Yo digo autor, aunque él es su recopilador, anotador y advertidor, porque el libro está organizado de tal manera que se siente una absoluta compaginación entre sus artículos, notas y advertencias, y las crónicas, ensayos, ilustraciones y noticias incluidas de otros autores.

Ese montaje perfecto, como en esos documentales cinematográficos donde se funden los testimonios antiguos con el narrador presente, incluye la historia de nuestro gran río desde el siglo XV en que el río es el gran Yuma —"río del país amigo"— o el Guacacayo —"río de las tumbas"—, hasta hoy cansado que "arrastra su decadencia como culpando de ella a todos los colombianos". En ese viaje espectacular a través del tiempo, escrito y leído de atrás hacia adelante en un viaje sin regreso, porque ya el río no es lo que

fue, nos encontramos con los conquistadores españoles, las guerrillas indígenas, los primeros evangelizadores, la naturaleza americana, los primeros científicos, los malversadores del poder, los falsos pacificadores, las esperanzas y las pesadumbres de la libertad, los ilustres visitantes, los bogas calumniados, los tigres y caimanes que se fueron esfumando como el gato de Alicia en el país de las maravillas, las balsas, las canoas, los bongos, y los champanes, los vapores y los buques que perdieron su apuesta contra el olvido, los capitanes que entre Girardot y Honda y Barranquilla nunca creyeron en la muerte del río —porque nadie puede morir tan joven—, las guerras civiles, y nos encontramos, también, con el fin de la tragedia: los bosques desaparecieron, los puertos agonizan, las aguas se perdieron y el hombre lucha por sobrevivir a una historia absolutamente injusta.

Aníbal Noguera ha compuesto un libro que serviría para estudiar “historia patria” en los colegios, si es que no resulta subversivo. Porque en él se reclama por un “concepto nacionalista de la naturaleza colombiana” que jamás hemos tenido ni desde el gobierno ni desde sus gobernados. En 1891, un francés, Jorge Brisson, decía, “la más importante (de las desgracias), es que el río Magdalena no ha sido jamás limpiado”. Todos admiraron el potencial del río, sobre todo el del bajo Magdalena (porque el alto Magdalena aún no ha sido descubierto, muy pocos extranjeros alcanzaron a llegar a Neiva, entre ellos Jules Crevaux, los demás se quedaron en Bogotá), todos advirtieron en sus crónicas las fallas pero nadie puso oídos. Hoy limpiar y descontaminar el río, darle vida a sus poblaciones ribereñas, preservar sus afluentes naturales, debiera ser una meta nacional. Porque, como lo dice Aníbal Noguera, “Desde el Valle de las Tristezas hasta Bocas de Ceniza, el río y sus espléndidas tierras, y, por sobre todo, las gentes del río son el único museo vivo del pasado y la mejor semiente para el futuro”.

COLOMBIA Y EL CAPITALISMO

En 1931 publicó Fred J. Rippy en Nueva York un libro titulado *The capitalists and Colombia*. La versión castellana la conocí en 1970 realizada por Cristina de la Torre bajo el título *El capital norteamericano y la penetración imperialista en Colombia*, que ahora reedita El Ancora Editores en Bogotá.

Este libro tiene varios aspectos importantes. Primero lo coloca a uno frente a la historia de su país, el nuestro, a los orígenes de su

economía, a su penetración por el capitalismo más importante de fines del siglo pasado y principio de este, que fue el norteamericano —también el capitalismo es extranjero, como dicen los dirigentes en aprietos—; en segundo lugar, es un libro hecho con fuentes documentales originales norteamericanas, razón por la cual el lector prevenido no puede decir que lo están engañando; y en tercer lugar le explica a uno por qué en 1930 ya el país no nos pertenecía, aunque ese no sea el propósito de Rippy, quien admite que después de 1920 Colombia, a pesar de los inmensos préstamos europeos, se vio obligada a “utilizar el genio explorador de los yankees”, unos señores ricos y progresistas que acuden “ocasionalmente a la coacción al tratar con un país débil y atrasado”.

Rippy después de hacer una reseña económica de los Estados Unidos, describe las relaciones entre ellos y Colombia desde el siglo pasado. Plantea la posición privilegiada de nuestro medio físico, de nuestras gentes, de sus recursos naturales, industriales y de comercio, aunque seamos atrasados (como México entonces, éramos un mendigo sentado en un baúl de oro). Prosigue con las “primeras actividades e inversiones” gringas en Colombia: su propuesta de construir el Canal de Panamá en 1822 - 3; la construcción del ferrocarril de Panamá (1855) en virtud de increíbles concesiones que llevaban implícitas las facultades para sembrar de buques e infantes de marina esa zona que luego se desprendería, gracias a ellos, de Colombia; su ofrecimiento de 2 millones de dólares por el mismo ferrocarril (también ofrecieron 120 millones por la isla de Cuba en 1854, cuando la culpa de la “inestabilidad” del Caribe era de España); y muchas otras inversiones en ferrocarriles interiores, tranvías, minas, empresas agrícolas y madereras, establecimientos comerciales y financieros. Paralelamente, los Estados Unidos, entre 1856 y 1903, desarrollaron su mundialmente famosa tesis de la “protección a los ciudadanos norteamericanos y a sus propiedades”, por lo cual hoy están sus fuerzas establecidas en todo el globo terrestre y no quieren salir de El Salvador ni de Guatemala ni del Caribe. Entonces, Rippy habla de la “Toma de Panamá”, un capítulo supremamente interesante. Después de ese trago amargo —principios de la lenta e imperceptible pérdida de nuestra vergüenza nacional—, el capital norteamericano se las ingeniaría para atraer nuevamente a nuestros jefes políticos y comerciales. Es lo que titula Rippy, “Preparación del terreno para Wall Street y los petroleros”, o sea, los primeros intentos de reconciliación para entrar en diálogo con los petroleros y banqueros. Otro capítulo interesante es del petróleo y su fiebre del 18 al 28: de cómo las leyes

las tramitaron los diplomáticos norteamericanos. Por último, el libro habla de los préstamos bancarios y sus utilidades, de las hipotecas y las garantías, de otras inversiones y empresas, y de la política de los Estados Unidos frente a los capitalistas suyos en relación con un país que 50 años después sigue en las mismas, sin pena ni gloria.

ALICIA CUMPLE 120 AÑOS

El 4 de julio de 1862, Lewis Carroll y el reverendo Robinson Duckworth, profesores del Trinity College de Oxford, salieron a dar un paseo en barca por el Támesis con las hermanitas Liddell. A instancia de ellas, Carroll debió contar una historia propia para niñas de ocho a trece años, así su profesión no tuviera nada que ver con la literatura: él era un gran matemático. La historia inventada ese día a marchas forzadas por Carroll la tituló "Las aventuras de Alicia bajo Tierra", y fue tan simpática e interesante que una de las niñas, Alicia Liddell, le insistió tanto en que la escribiera que el matemático no tuvo otra alternativa: lo copió a mano y le agregó unas ilustraciones suyas para que ese fuera su regalo de Navidad en 1862. Tres años más tarde, después de ser conocido el cuento por muchas personas que estimularon a Lewis Carroll para que lo publicara, apareció editado —omitiendo y agregando partes bajo el título *Alicia en el país de las maravillas*. De esta manera, su nombre se consagraría en las listas de los grandes libros de la literatura occidental y no en el de los matemáticos sabios del siglo XIX.

Después de 120 años de contada la historia en la excursión del Támesis, el libro de Carroll ha sido sometido a los más crueles análisis por parte de críticos, sicólogos, matemáticos y brujos de la tribu. Así el encanto de aquella tarde de verano en que Alicia bajó por un túnel al país de las maravillas para crecer o disminuir de estatura según comiera de este o aquel lado de la seta y así burlarse del otro *país de las maravillas* que había quedado al otro lado del sueño, ha ido desapareciendo. Pero Carroll siempre se saldrá con las suyas. Porque él fue, mucho más que Bocaccio, el primer mamagallista de la literatura europea, y mucho antes de las tantas veces artificiosos vanguardistas de principios del siglo XX.

Jaime de Ojeda, el traductor de la edición de Alianza Editorial —que viene con las ilustraciones de John Tenniel—, alcanza a com-

parar en su prólogo a Carroll con Cervantes, pero lo hace con una timidez indebida. No se por qué, si a todas luces, Carroll con su *Alicia* es en la historia del cuento lo que Cervantes con su *Quijote* fue en la historia de la novela. Cervantes se burló de todas las novelas de caballería anteriores a él y con ellas de todas las sociedades feudales de su tiempo. Carroll, muchos años después, porque el cuento evolucionó mucho más lentamente, con elementos más refinados, se burló de toda la literatura moralista desde los hermanos Grimm hasta Perrault y con ella de la sociedad inglesa del siglo XVIII y XIX, tediosa y convencional hasta la flema. Para hacerlo, Carroll no se valió de la locura del Quijote, sino de un elemento correlativo a una historia para niños (aunque ahora se haya vuelto tan pesado con tantos émulos oniristas de Borges): el sueño. Y en el sueño todo se puede, incluido el mamagallismo del país de las maravillas. La fantasía de Carroll resultó, de ese modo, menos ingenua que la de los fabulistas anteriores, más verosímil y más juguetona. Y sin saberlo, tal vez, introdujo en la literatura una serie de innovaciones técnicas que serían famosas en el siglo XX: la intromisión del autor no omnisciente, la diversidad de puntos de vista en una misma narración, los juegos semántico-morfológicos y lingüísticos, los grafemas, los diálogos teatrales.

Finalmente, con Carroll termina la tradición del cuento popular, hoy entendido para niños, y se inicia una etapa narrativa moderna cuyos continuadores encabezó —guardada la distancia— Franz Kafka. O que mejor reencarnarían los monos de Walt Disney o algunas otras tiras cómicas si fueran más inteligentemente críticas.

UN POETA BULGARO

El conocimiento entre las literaturas de los países socialistas y las literaturas latinoamericanas es, generalmente, inversamente proporcional: entre más nos conocen ellas, menos las conocemos nosotros; y lo de culturas cerradas, que siempre les aplicamos a ellos, se convierte en una frase más para camuflar nuestro aislamiento del mundo (no solamente socialista). Y esto en Colombia es mucho más visible, por ejemplo, que en otros países como Venezuela o México. El caso de Bulgaria, estado que por celebrar sus 1300 años de creación ha suscitado la publicación de libros y artículos en otras partes, es particularmente ejemplar. Con excepción de la selección de poemas de Liubomir Levchev que acaba de publicar la Universidad Central, con introducción de su rector, Jorge Enrique Molina, presentación de Petar Marínkov, Embajador de Bulga-

ría en Colombia, y el concepto favorable de Pedro Gómez Valde-rama, exceptuando esa selección, repito, ya no se hizo nada más.

Afortunadamente, esta selección titulada con el mismo nombre de uno de los libros del autor, *Saludo al fuego* (1978), resulta tan sorpresiva como indicadora de una cultura literaria poética que podría estar no tan lejana de un país como Colombia. Liubomir Lev-tchev ha escrito entre 1957 y 1978 once libros de poesía, y de ellos son los poemas que aparecen en esta selección traducida no por un colombiano o un poeta de habla hispana, como debiera ser en sana lógica, sino por Nelly Constantinova.

Saludo al fuego es una poesía que piensa el presente, reflexiona sobre él y de pronto dice: "La oscuridad en el campo es simplemente una canción de cuna", y luego, agrega: "Sólo la oscuridad urbana es monstruosa e imposible". Y ya con esos dos versos uno puede deducir que Lev-tchev es un gran poeta, porque ha captado así de rápido un matiz tan tenue como relevante de la realidad contemporánea y ha sido capaz de ser crítico con el humanismo en la mano. Después hablará del tiempo de las máquinas, del brindis por los dedos de su madre que alisaba los bordes de las copas en una cristalería, de los caprichos de la muerte (como en Goya), del dios poeta que puede decir: "¡Una mujer infeliz pregunta qué remedios hay contra el cáncer/ y tú la aconsejas/ leer poesía con más frecuencia!".

Levtchev es inteligente, sensible y hace su poesía como una conversación donde a veces pregunta, en otras ocasiones duda o evoca y también, muchas veces se entusiasma. "El buen samaritano" enfrenta al aldeano con el avión a reacción y un girasol —que empata con la herencia surrealista de esos países euro-orientales abre el camino de esa confrontación. "Sin huellas" reclama por las cartas de amor que ya no se escriben y que si se escriben, más tarde se rompen. "Plegaria para comienzo y final" dice que "Cada quien quiere una muerte hermosa" pero que "Para tener una muerte hermosa/ hay que creer". "Hay que creer tiernamente. Hay que creer rabiosamente". Incluso don Cristóbal Colón pasa por las páginas de Lev-tchev: "¡Pero tú eres de verdad un hombre terrible!/ ¡Eres un monstruo!/ Tú ves algo de nuevo/Tú ves. . . / Lo que nosotros todavía no divisamos. . .". O la hermosa algarabía de "Carta en las paredes", "Sangre obrera", donde el poeta se entusiasma y dice "El cuello de mi alma es azul" y "Sólo el día tiene derecho a la noche".

A pesar de algunos descuidos (¿en la edición o en el original o en la traducción?), la lectura de Levtchev, que se suma a los poemas que conozco de Botev, de Vazov, ha sido sorpresiva y motivadora, repito.

"EL VIENTO LO DIJO"

Cien décimas componen este que debiera ser recibido como un acontecimiento bibliográfico en el país, el singular libro de Manuel Mejía Vallejo, *El viento lo dijo*. Lo ilustran los asoleados balcones, puertas y ventanas, del joven pintor antioqueño Pedro Pablo Lalinde. La edición corrió por cuenta de Extensión Cultural y del Fondo Acumulativo Universitario, ambos de la Universidad de Antioquia. Inician el libro, Alvaro Mutis con una "Epístola innecesaria a Manuel Mejía Vallejo", y el mismo Manuel con una nota que, con su sincera modestia, así principia: "A mi edad habrá poco para decir". Y anoche lo leí, en voz alta, de un solo tirón.

Si este país no hubiera perdido la capacidad de sorprenderse, hoy ya estuviera hablando de este libro, como debió sorprenderse, hace unos años, cuando aparecieron sus coplas, *Prácticas para el olvido*. Esas cien décimas, como antes sus 200 coplas, pueden ser la mejor síntesis de la filosofía de un escritor infatigable en la búsqueda de los secretos de la vida, el amor y la muerte, en el rescate de un pasado que huye con la paradójica complicidad de sus deudos, en el afianzamiento de unos valores humanos regionales que podrían llenarnos de orgullo y no de vergüenza. Y en este sentido es una poesía que le da dimensión a la forma de ser de una nacionalidad, efecto que, generalmente, nuestra literatura no ha tenido y cuando la ha tenido, muchos se la han negado.

El viento lo dijo, además, se repliega a las mejores fuentes de la poesía castellana, y al usar su ropaje lo transforma hasta convertirlo en formato renovado de una poesía que para nosotros, hijos de indios y españoles, jamás fue ajena. La décima, estrofa que se lució desde el Siglo de Oro en adelante, según cuenta T. Navarro Tomás, es retomada por Manuel Mejía Vallejo y sin que nos demos cuenta, como en todo arte verdadero, asistimos al espectáculo magistral de una poesía rimada como si fuera verso libre. Hace, exactamente, 390 años, Vicente Espinel publicó su libro *Diversas rimas*, donde incluía varias décimas, razón por la cual a las décimas también se les llamó espinelas. Y desde entonces, exceptuando

esta época de modernidad prepotente y de beligerante consumismo, siempre los poetas las usaron porque, como decía Lope de Vega, "las décimas son buenas para quejas". Hoy nadie se acuerda de Vicente Espinel, (1551 - 1624), contemporáneo de Cervantes, de Góngora, de Quevedo, de Calderón, de Lope. Pero sus décimas, propias de autores con larga experiencia y de ideas precisas y claras, misteriosamente han reaparecido con el libro de Mejía Vallejo en un doble aniversario: el del libro de Espinel y en el de su nacimiento.

La décima, lo repito para que no se me olvide, en Espinel y en Mejía Vallejo, se compone de dos redondillas (cuatro versos) tipo abba enlazadas por dos versos intermedios. Así:

*"El amor se hace recuerdo
de lo que amé sin sentido;
mi vida es ya lo vivido,
mi ganancia lo que pierdo.
Sin embargo estoy de acuerdo
con la muerte en su reclamo:
si el amor que siempre llamo
trae son de despedida,
está la canción vertida
sobre lo que amé y lo que amo".*

En tiempos de naves espaciales todavía existen la muerte, la vida, el amor. Las décimas y un autor con el valor de Manuel Mejía Vallejo para escribirlas.

DIALECTICA DEL INDIVIDUO, DE LAS CLASES Y DEL DERRUMBE CAPITALISTA

El autor de esta interesante obra nació en 1945, hizo estudios de postgrado en la Universidad de París y actualmente trabaja como profesor universitario. Su libro está compuesto por cinco capítulos. En ellos trata de la "Dialéctica de la subjetividad: de la autoconciencia al individualismo", un repaso de Hegel, de "La dialéctica de las clases", un planteamiento de la praxis individual y colectiva, de "El proceso de diferenciación social y nuevas formas productivas", donde se trata de definir las clases sociales, de "Una forma explicativa en el derrumbe de la sociedad industrial capitalista", como consecuencia del estudio de los anteriores capítulos, y de "Las orientaciones metodológicas". Como Zuluaga Monedero

lo dice esta obra "es un acto de compromiso intelectual. No constituye cierta elaboración destinada a dar paso a inquietudes puramente individuales, quizá como forma de realización egoísta. Por el contrario, ella se sumerge en su contorno a fin de mover acciones interpretativas y prácticas, devolviendo a la realidad social las interiorizaciones de una teoría destinada a transformarla".

LA DÉCADA SOMBRIA

Luego de publicar dos libros de análisis literario, uno de ellos por la Universidad Central, *Novelistas colombianos Contemporáneos*, Fernando Ayala edita su primera novela, finalista en el primer premio Plaza y Janés. Como dice la solapa del libro, "La década sombría es un fresco de personajes míticos, desmistificados por la crueldad de la realidad cotidiana, estremecidos por la locura, la desdicha y la grandeza. El lector identifica un drama que le es propicio, sin que acierte a encontrar una salida y sin embargo vislumbra a través de esta novela (. . .) un camino hacia la esperanza".

Ayala Poveda nació en Tunja en 1951 y estudió letras en la Universidad Javeriana. Actualmente trabaja con la Universidad Central, con la Radio Nacional y en sus proyectos personales de investigación literaria.

AMOR A SOMBRA Y SOL

Manuel Cofiño es el escritor cubano, entre los narradores, el más difundido en el exterior y el más leído, tal vez, en su patria, descontando los clásicos. Nació en La Habana en 1936, ha escrito varios libros de cuento y una novela ya traducida en varios idiomas, *La última mujer y el próximo combate* (Premio Casa de las Américas, 1971). Esta, pues, es su segunda novela, *Amor a sombra y sol*. "Es historia de amor y lucha, no sólo de dos seres que se quieren y día a día se transforman, sino también de una sociedad en constante mutación. A través de la relación sentimental Magdalena-Marcos, personajes del cuento "Magda, el sol, el aire", vemos reflejado el constante batallar por una vida más digna, que se abre paso y desplaza al mundo de sombras para siempre esfumadas".

EL SAPO BURLON

Páez Escobar, gerente de banco en Armenia y columnista de "El Espectador", también es novelista y cuentista. Pero, además, Páez Escobar no es caldense, como todos creíamos, sino boyacense de Soatá (nació en 1936). Ha publicado dos novelas, *Destinos cruzados* (1971) y *Alborada en penumbra* (1974), y también es columnista de "La Patria".

El sapo burlón, editado por el Banco Popular, contiene 20 cuentos que vienen antecedidos por un prólogo de Otto Morales Benítez que en alguna parte dice:

"Múltiples fracasos recorren estas páginas. Como relata la aventura de seres a quienes la vida les ha negado casi todo —menos el aliento recóndito, casi furtivo, de la esperanza—, ellos, pequeños, y vencidos, se van escurriendo entre la imaginación y la realidad. Esta, insiste en ser dura, despiadada. No les entrega sosiego a los sujetos de Páez Escobar". Pero, también, dice Morales Benítez: "Estos cuentos de Gustavo Páez Escobar, en medio de los síntomas de destrucción que tienen, de pronto presentan el lado de humilde júbilo que a cada quien le corresponde".

YIRA CASTRO: MI BANDERA ES ALEGRIA

Con un poema de Enrique Buenaventura, con una hermosa elegía que comienza "Nos creíamos inmortales. . . Pero súbitamente sopló el viento", escrita por quien fuera su esposo, el escritor y periodista Manuel Cepeda Vargas, con la despedida de Gilberto Vieira en el cementerio y los testimonios de la prensa, abundantes por cierto, se ha recopilado parte de la obra periodística de Yira Castro en 170 páginas. Su muerte prematura hizo mella en todos quienes la conocieron y este libro quiere recordarnos todo lo que quería para el pueblo colombiano.

DE ALFONSO MONSALVE:

"BOLIVAR: INTEGRACION Y LIBERTAD"

La idea de la integración latinoamericana brota espontáneamente de una simple mirada al mapa del continente americano. Pero no

basta, desde luego, con esa visión elemental para sustentar la urgencia de esa necesidad que cada día se abre paso más ancho en la conciencia de millares de latinoamericanos.

La integración de América Latina es un imperativo que obedece a factores de muy diversa índole, históricos, culturales, políticos, económicos, geográficos, étnicos, estratégicos. Esa misma cantidad de aspectos que inciden en la cuestión se refleja en la cantidad y diversidad de enfoques que presiden muchos estudios, escritos y proyectos que se han elaborado a lo largo de nuestra historia tendiendo siempre al mismo ideal.

El punto de partida, sin embargo, de una visión global, universal y con suficiente perspectiva histórica, que supere las estrechas concepciones regionales o clasistas o tribales o coyunturales u oportunistas, es el pensamiento caudaloso de Simón Bolívar. Indudablemente fue y sigue siendo el Libertador quien ha concebido con mayor grandeza histórica lo que debería ser el continente latinoamericano como unidad regional integrada política, cultural y económicamente.

Su pensamiento también, no obstante, ha sido objeto de las más variadas exégesis, fieles unas, deformadoras otras, desafortunadamente estas últimas las más, por razón de que los sectores dominantes de nuestra América no han sido más que los grandes tergiversadores de esa concepción bolivariana que, por generosa y universal, tenía que constituirse en amenaza de los intereses de esa casta egoísta, explotadora y extranjerizante que ha sido la detentadora del poder en todas las naciones sur y centroamericanas hasta el despertar glorioso de los años sesenta: hasta Cuba Revolucionaria.

Ante tal proliferación de estudios, interpretaciones y tergiversaciones, un trabajo como el del doctor Antonio José Rivadeneira* que acaba de publicarse, "Bolívar: integración y libertad", constituye importantísimo aporte clarificador y orientador. Si se descuentan los apéndices con transcripciones de documentos varios, quedan medio centenar de páginas que son propiamente el estudio del profesor Rivadeneira. Pero son cincuenta páginas de una extraordinaria

* Antonio José Rivadeneira es Presidente de la Federación Internacional de Sociedades Bolivarianas y del Consejo Directivo del Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Integración de América Latina. "Bolívar: integración y libertad", fue publicado en la colección Textos Populares por Tiempo Americano Editores Ltda., Bogotá, 1981.

ria densidad, porque conforman una apretada, magnífica síntesis de los factores más importantes que deben considerarse cuando se aborda el tema de la integración latinoamericana.

Se remonta el autor a la delimitación de la concepción integracionista del Libertador, quien siempre se refirió a las naciones antiguas colonias de España y unidas por el idioma español; repasa los orígenes de la expresión "Latinoamérica" y coloca los mojones de la concepción filosófica que sustenta el ideal integracionista; resume en forma oportuna argumentos de diversos escritores bolivarianos y hace un recuento histórico sobre las formas de integración intentadas hasta ahora y los impedimentos que han frustrado esa meta. Analiza por último los esfuerzos hacia la integración económica y los respectivos reveses, para llegar a la proposición de fondo que motiva el estudio: la necesidad de comenzar la integración por la educación y la cultura, como expresión de lo que el autor ha denominado "humanismo bolivariano". "La integración por las vías de la conciencia y de la cultura —expresa el autor—, se nos presenta como el único instrumento idóneo para vencer los impedimentos que, desde los remotos tiempos de la conquista y la colonización, han neutralizado todo intento de unión" (pág. 34).

Lo importante de este planteamiento es que apunta a reforzar un proceso que se ha iniciado ya y que ya no podrá detenerse: la toma de conciencia americana, latinoamericana, que es cada día más evidente, más vasta y más beligerante. Desde este punto de vista, la integración por la educación y la conciencia es un punto de partida plausible, en la medida en que la liberación de nuestros pueblos de todo colonialismo, neocolonialismo e imperialismo requiere como premisa básica el esclarecimiento de la conciencia de esos mismos pueblos.

Un análisis es profundidad de algunos planteamientos del doctor Antonio José Rivadeneira condicionaría tal vez a la exigencia de precisar o enderezar ciertas orientaciones, como la idea subyacente y aún explícita en algún momento, de que la liberación de Latinoamérica, de nuestra América, debería ser fruto de un pensamiento y de una acción exclusivamente latinoamericanas, lo que sugiere el temor a la "contaminación" con filosofías universales y movimientos liberadores que no tengan su fuente en Latinoamérica. Habría que ver el alcance que el autor da a esa concepción, porque nada ha sido más funesto para Nuestra América que, precisamente, el aislamiento y la segregación en que han logrado mantenerla sus

invasores y dominadores, desde siempre, desde cuando predicaban contra Bolívar y contra sus ideales tachándolos ya entonces de ideas foráneas, ajenas a nuestra idiosincracia, irrealizables en nuestro continente. No sería consecuente hacerle el juego a esa misma concepción intentando aislarnos del pensamiento más avanzado de nuestro tiempo y de los movimientos que hoy en día le dan existencia concreta a ese pensamiento liberador.

De igual manera podría explorarse un poco la noción de que la integración cultural y educativa son suficientes por sí mismas para obtener la liberación de Latinoamérica. Una visión integral no puede desconocer el proceso dialéctico en que se articulan la integración cultural, con la económica y la política, así como el hecho de que tampoco puede separarse la clarificación teórica de la acción concreta, práctica, de la lucha real contra todo imperialismo real. Por lo cual tampoco parece correcto adherir totalmente a la afirmación de don Leopoldo Zea de que "la preocupación integracionista de Bolívar como vida que anima a quienes creemos en ella en estos días, no está dirigida contra ningún pueblo, contra ninguna nación como tal" (pág. 51). Por el contrario, siempre que se lucha por algo, se lucha contra algo.

Pero por encima de cualquier reserva o diferencia parcial y adjetiva, y más allá de estas apresuradas anotaciones, el trabajo del profesor Antonio José Rivadeneira representa un hito en este camino hacia una meta que se aproxima cada vez más, la integración total y definitiva de Nuestra América, de nuestra patria común. Porque esa integración, y así hay que entenderlo de una vez por todas, es un proceso que está en marcha, irreversible, y que ya no se detendrá hasta culminar en la realización del sueño bolivariano. A. M.